

El lugar para jugar al aire libre

Actualmente, el espacio para jugar del que se dispone en el hogar suele ser muy restringido. Además, esa casa poco espaciosa y las personas nerviosas y agotadas por el trabajo que la habitan son consideradas por el niño como hostiles al juego, tanto más si sus actividades lúdicas no afectan sólo a los miembros de su familia sino también a los vecinos. Porque el juego no siempre puede ser una actividad que pasa inadvertida. La actividad lúdica implica movimiento; más aún: es movimiento. No se desarrolla en silencio. El ruido que la acompaña puede no ser una melodía agradable y, aunque lo fuera, es posible que a veces se tome insoportable. Si el niño juega a sus anchas, choca contra todo lo que lo rodea. Cuando juega con sus cubos sobre el piso, se quejan los vecinos de abajo, uno de los cuales, precisamente está en cama con jaqueca. Cuando se desliza por la barandilla de la escalera, silbando una corta melodía, el portero llega corriendo y le exige silencio. Si juega, a la pelota en el patio, un ama de casa le advierte a gritos, desde su ventana, que tenga cuidado de no ensuciarle la ropa recién lavada y tendida. Entonces, la única solución para esa falta de espacio es la salida al aire libre. Pero el juego al aire libre no es un simple recurso. Prescindiendo del hecho de que es necesario para la salud del niño, es de importancia decisiva para el sano desarrollo del juego y para la aprehensión del mundo exterior a través del juego.

Sin embargo, se deben cumplir dos condiciones indispensables: el niño ha de poder jugar al aire libre sin ser molestado, de acuerdo con sus necesidades. Esto es imposible donde el pequeño está expuesto a estímulos demasiado fuertes que lo distraen continuamente. Por lo tanto, la calle de una gran ciudad no es un lugar apropiado para jugar, no sólo debido a que el tránsito constituye un peligro permanente y la contaminación afecta su salud, sino, precisamente, porque con tantos estímulos y distracciones causados por los vehículos, escaparates y propaganda luminosa, no puede jugar tranquilo. La inestabilidad emocional que los niños demuestran en las calles metropolitanas es consecuencia de ese exceso de estímulos. Es un problema bastante serio el hecho de que los niños pierdan la capacidad de jugar espontáneamente debido a ese exceso de estímulos y que, al mismo tiempo, les sea imposible prescindir de ellos. "Prefiero recibir una tunda todos los días a soportar el aburrimiento de una guardería" me confesó cierta vez un niño que se había convertido en un "muñeco" del mundo circundante, y ya no sabía entretenerse solo, pues dependía de que "lo divirtieran".

En segundo término, el niño necesita de un espacio al aire libre adecuado a sus necesidades de movimiento y actividad. Pero las ideas que los adultos tienen de ese espacio muchas veces no coinciden con lo que los niños desean y requieren para su desarrollo. El hecho de que los niños pretendan moverse en un espacio abierto sin ser distraídos continuamente por estímulos que los absorben se interpreta a menudo como la necesidad de disponer de una superficie plana defendida del tránsito, similar a muchos patios de recreo que todavía existen en las escuelas. Este espacio, que no permite otra cosa que desplazarse sobre esa superficie plana, tal vez sirva para el niño muy pequeño, que juega solo y para quien la locomoción pura constituye todavía un juego suficientemente atractivo. Si es bastante amplio podrá servir para algunos juegos infantiles que se realizan en grupos, pero los juegos variados requieren más que una superficie plana y vacía. Muchos dependen de la diferente naturaleza del suelo. En un piso cubierto de guijarros, por ejemplo, al igual que el césped, no se puede jugar a las "bolitas" (canicas) ni a la rayuela, y los pisos "duros", de hormigón, son peligrosos, pues los niños suelen caerse al jugar. Además, las superficies cercadas, que sólo ofrecen espacio, son insuficientes cuando los niños ya no se satisfacen

con juegos de movimiento sobre una superficie plana. Entre otras cosas, para ellos moverse significa vencer obstáculos, trepar, arrastrarse por debajo o entre medio de algún objeto, etcétera. Los aparatos que se les ofrecen en las plazas les brindan la oportunidad de hacerlo. Los encontramos en los jardines de las casas de familia, junto a los monobloques, en los campos de juego de las guarderías infantiles y, finalmente, en las plazas públicas, donde los instala la municipalidad en beneficio de los ciudadanos más jóvenes. Los niños utilizan esos aparatos para entregarse a movimientos variados, pero, por lo general, se entretienen con ellos por poco tiempo, ya que las posibilidades de movimiento que ofrecen se agotan muy pronto. La atracción que ejercen sobre los niños un montículo de arena o el material de construcción apilado en la acera, una carretilla, etc., nos indica que los pequeños no sólo quieren moverse al aire libre, sino que buscan nuevas experiencias y tratan de ampliar por medio del juego su conocimiento del mundo. Para lograrlo, necesitan bastante más que una superficie sobre la cual moverse o un aparato cualquiera para trepar por él. Adquirir experiencias significa descubrir por sí mismo cosas interesantes, examinarlas y modificarlas por medio de la experimentación. A ello se debe la atracción que la calle, los baldíos prohibidos y los espacios abiertos que se conservan en estado natural en los límites de algunos barrios suburbanos ejercen sobre los niños. La experiencia nos enseña que los juegos que se instalan en las plazas públicas, con gastos considerables, no pueden competir, pese a todas las prohibiciones, con la obra en construcción que se encuentra al otro lado de la calle, porque la plaza preparada especialmente para los niños les ofrece algo que consumen tal como es, es decir que pueden utilizar para los fines previstos, pero que les deja pocas posibilidades de improvisar un juego. Desde el punto de vista pedagógico, el juego que se desarrolla en esos lugares -a pesar de que se cree que satisfacen a las mil maravillas las necesidades de los niños-, tiene poco valor. En esas plazas públicas, los niños permanecen muy poco tiempo en un juego, casi nunca más de cinco minutos. Los juegos de acción pura, que poco y nada exigen de la creatividad de los niños, son los que predominan en las plazas, incluso para aquellos que por su edad ya deberían haberlos dejado atrás. En esos lugares públicos, pocas veces se organizan fecundos juegos colectivos. Es un hecho irrefutable que en un patio interior carente de luz, entre los automóviles que salen de los garajes y las latas de desperdicios, muchas veces los niños juegan con más inventiva, intensidad y durante más tiempo que en las plazas creadas especialmente para ellos. Creemos innecesario aclarar que tampoco esos patios son, por muchas otras razones, los lugares de juego apropiados.

En algunos países industrializados fueron creados los llamados campos de "exploración" o "Robinson" que cubren mucho mejor las necesidades de los niños que las plazas o paseos instalados exclusivamente para satisfacer limitadas posibilidades de juego. Allí los niños encuentran materiales que pueden modificar según sus ideas, como son tablas, piedras, aparatos de gimnasia fuera de uso que pueden desarmar y transformar, etc. Ese material estimula a formar, construir e inventar. Por el contrario, el tradicional cajón de arena que encontramos en las plazas o parques permite esas actividades de manera limitada y sólo para los niños más pequeños, pues sus dimensiones son muy reducidas para los niños mayores y para el juego en común, si se desea realizar una construcción de cierto tamaño. Por otra parte, los llamados campos de "exploración" también presentan algunos problemas. Uno de ellos es, por ejemplo, la supervisión de los niños que lo utilizan. Los daneses, que tienen una experiencia de más de dos décadas en los campos de "exploración", consideran que esos lugares de juego deben estar supervisados por personas experimentadas en terapias de juego y que sepan aprovechar plenamente las oportunidades de corregir defectos de postura y de influir en la formación de la personalidad de los pequeños.

También para los juegos de representación de roles, tan populares entre los niños, faltan las condiciones necesarias en la mayoría de las plazas o paseos públicos. Para llevar a cabo

esos juegos, el niño debe contar con una cantidad mínima de bastidores, algún rinconcito protegido donde pueda improvisar una habitación, diversos materiales que le sirvan para armar un fogón o tienda para "indios", etc.

Quien se detenga a observar el comportamiento de los niños en los campos de juego que satisfacen sus necesidades de la manera descrita, podrá percibir claramente la diferencia que existe entre este comportamiento y el aburrimiento o la conducta agresiva e incontrolable que demuestran los niños que juegan en las plazas comunes y paseos. Los niños que encuentran en el lugar de juego todo aquello que realmente necesitan, permanecen intensamente ocupados, y causan la impresión de estar contentos, equilibrados y, pese a todo su regocijo, disciplinados.

Los paseos al aire libre que los niños realizan en los días festivos a modo de compensación y en beneficio de su salud, deberían brindarles -especialmente a los que viven en las grandes ciudades-, la oportunidad de jugar libremente en un lugar tranquilo, y de experimentar la vida tan rica y variada del bosque y el campo. En estos países es conveniente que también se les permita jugar con agua. Cuando el adulto realiza una excursión, pretende conocer nuevos lugares. Los niños esperan otras

cosas de un paseo. En primer lugar, el paraje desconocido es para ellos un campo nuevo que deben explorar en un enfrentamiento activo. Un sitio adonde los niños puedan ir a jugar repetidas veces o un pequeño poblado donde puedan pasar algunas semanas de vacaciones, les ofrecen, a pesar de sus limitaciones, más estímulos de los que suponen los adultos. En tales circunstancias, los niños aprenden a establecer comparaciones muy detalladas entre su hogar y el lugar de vacaciones. De esta manera, tienen más oportunidades de satisfacer su curiosidad que si los llevan a realizar largas excursiones en automóvil, con breves interrupciones para contemplar algún monumento histórico o artístico, ya que la superabundancia de nuevas impresiones les impide elaborarlas o interiorizarlas.

Si aquí nos preocupamos por destacar los problemas del niño que vive en una gran ciudad, no debemos olvidar que para el niño de la ciudad pequeña o del pueblo tampoco está satisfactoriamente resuelta la cuestión del juego al aire libre, debido a los peligros que representa el constante aumento del tránsito. Sin embargo, en un medio rural el niño todavía tiene oportunidad de participar jugando en los trabajos de jardinería de los adultos. Para el niño no hay nada capaz de sustituir la vivencia del crecimiento y cuidado de las plantas y los animales, la preocupación por su buen desarrollo y el placer de cosechar, circunstancia que debería inducirnos a buscar soluciones sustitutivas para el niño que vive en una gran ciudad.

Artículo que por su gran interés, hemos tomado del libro "El juego y los juguetes" de HILDELGAR HETZER de Editorial Kapelusz.